

Kaled (EN PROCESO)

Felipe Figueroa Yañez



Image not found.

Capítulo 1

LUCES

No hace falta pararse y pensar en el futuro, cuando lo que has hecho en los últimos años es escapar de tu pasado. De lo que fuiste, lo que eres y en lo que te convertirás.

A quienes me han arrebatado todo. A quienes labraron mi futuro en un pasado antaño tan lejano, como un rescoldo en la historia del fuego; a ellos el futuro debería haberlos castigado. Al menos ese es mi deseo final mientras miro a través de los barrotes de mi solitaria celda, esperando el regreso de Tanner, el guardia que me propinó la última golpiza que recuerdo antes de desplomarme en la negrura de mi inconsciencia.

Sentía los pasos acercándose, acechando como un viejo zorro a su zagal presa. No quería morir. No hoy. Mi vida se aferraba a mis lánguidas piernas, pensando en mis opciones, desmadejando el hilo de posibilidades que tenía a mi alcance, en esas cuatro paredes que se reducían a mi total existencia.

Al instante atisbé por el rabillo del ojo una rutilante luz que llamó toda mi atención. Puse todo mi brío en arrastrarme inútilmente y sin resultados, y sólo para descubrir que mi cuerpo colgaba a unos treinta centímetros del suelo.

Cuando tomé consciencia de la forma en que mis brazos colgaban, recién ahí el dolor se hizo presente. Mis axilas desprendían un hedor de aquel que no conoce el agua caliente. La costumbre indicaba un baño cada tres semanas, pero yo llevaba mas tiempo colgando del que dejan a un jamón cocer a la sal.

El dolor que me provocaba el peso que debían sostener mis brazos era insoportable, y se acentuaba más y más a medida que recobrara la razón. Sentía mi piel desgarrada y ardiendo debido al constante vaivén al que me sometían.

Miré a la negrura del techo para descubrir cual era el mecanismo que sostenía mi pesado cuerpo en el aire. Como esperaba, era un sistema de poleas con el que Tanner y otro sujeto que no reconocí, subieron mis ochenta y cinco kilogramos de músculos y huesos. Cavilé unos segundos para reconocer el gancho al que se anclaba todo el mecanismo. Balancearme era mi única opción, y si lo que buscaba era sacar el gancho de su lugar, esta era la mejor estrategia.

Comencé a corcovear mi cuerpo, combándolo con mis escasas fuerzas, y para mi asombro el techo comenzaba a ceder, desprendiendo un polvo

cuyo olor se me antojaba pútrido, mezcla de heces y el olor a humedad de algo que no se ha ventilado en mucho tiempo. Me provocaba arcadas y mis ojos comenzaron a humedecerse dolorosamente.

Estaba al borde de lograr mi cometido cuando de improviso las sombras de las llamas que se filtraban por el umbral de la tosca puerta de metal forjado, comenzaron a bailar descontroladas.

Sólo tenía unos segundos antes de que todo se perdiera para siempre y volviera mi suplicio, sabía que de no lograr ahora el escape redoblarían la seguridad de la celda y no escatimarían en lo que costara cambiar aquellas viejas poleas por cadenas de buena calidad.

De golpe la puerta se abrió con estrépito, luego de lo cual vino un silencio espacial.

-¿Qué mierda es ese olor tan putrefacto Brion?... !Qué demonios! !!El prisionero ha escapado!!

-¡Pedazo de mierda te pedí que me relevaras cinco minutos para ir a mear y ni esa tarea puedes realizar sin estropearlo!

Para cuando los guardias comenzaron a cercar el perímetro que lindaba con las inmediaciones de la antigua prisión yo ya me encontraba a más distancia de la que creí posible recorrer en mi decadente estado.

Durante el frenesí me movía mecánicamente, pero para aclarar las cosas puedo decir que los recuerdos venían a mi como cuchillas. Es como el oficio del carnicero que luego de largos años de trabajo, corta las piezas como si desarmara un puzzle cuyas partes conoce de memoria.

Gracias al peso de mi cuerpo, el techo cedió dando paso a un caudal de excrementos procedentes de las caballerizas y los baños superiores, esto me dio tiempo de utilizar el asombro y los cuerpos de los dos escuderos que cayeron, como una escalera que me permitiera la salida al exterior.

Un vez arriba y sin pensarlo me acerqué a una daga que se encontraba en las estanterías botadas a causa del desprendimiento del suelo, y proseguí mi fuga con ambas manos presa de mis cordeles.

El éxtasis de la situación no me dejaba pensar en nada más que en salir lo antes posible de ese lugar, y no fue si no hasta que pude tranquilizar mis pulsaciones, que noté la suciedad humana que tenía sobre mi. El olor era tan fuerte que vomité dos veces seguidas un líquido tan verde como la piel de un sapo, mi pelo estaba húmedo y pegoteado a causa de mi huida y lamenté tristemente que el primer baño que me pudiera dar en mucho

tiempo fuera con los desechos de mis custodios.

Cuando ya no pude divisar las luces que dejaba a mi espalda, procedentes de tan perdida ciudad, mi cuerpo logró recobrar su homeóestasis componiendo una sarta de sonidos que se me antojaban las mas bellas melodías existentes, considerando que había perdido la cuenta del tiempo me habían tenido cautivo sin escuchar nada más que el quejumbroso pesar de mis captores y de sus apesadumbradas vidas.

En el momento que consideré seguro dar un descanso a mi cuerpo, el sol comenzaba a esconderse en un lejano destello, cerrando a su paso cuanta montaña se cruzara. Era un espectáculo inefable.

Por alguna extraña razón me sentía observado, tenia terror de las criaturas que pudieran darme caza, pero mi cuerpo necesitaba una tregua, mis muñecas roídas por el jaleo de la cuerda que aún las aprisionaban se mostraban teñidas por mi propia sangre seca. Mis rodillas rojas y abiertas producto de las tantas caídas de unas débiles y temblorosas extremidades que ya no me obedecían, pedían a gritos desesperados un momento a solas en la oscuridad. Tan sólo mis pensamientos se cerraban a esa posibilidad. Pero ya no lo soportaba. Nuevamente el suelo se apiadó de mi. Oscuridad.

Capítulo 2

EL VIAJE

Mis pertenencias eran tan escasas que hasta el sirviente más pobre de "Canteras" podría haber sentido orgullo de sus posesiones, y de paso haberse burlado de mi pobreza.

Canteras, ahora podía recordar el lugar del que escapé a toda prisa. Su nombre era un vago recuerdo en mi prisión, pero ahora la sola articulación en mi boca provocaba un repudio indescriptible.

Jamás pude vislumbrar la ciudad de día o de noche, y las pocas veces en que estuve consciente los latigazos y golpes sordos me impedían mirar por el estrecho agujero que componían dos barrotes en vertical. El espacio solo cumplía una función y era la de permitirle a los guardias seguir respirando un aire más fresco.

Cuando pude abrir mis pegajosos ojos, el sol se encontraba en su cenit, obligándome a cubrir mi legañosa cara. Luché con mis músculos contraídos al instante en que mi espalda emitió un sonoro crujir, logrando sentarme sobre mis doloridas piernas. Puse sobre un montón de tierra lo que tenía en mi poder: una daga de acero templado, típico de las fuerzas armadas de la ciudad y un trozo de cincuenta centímetros de cordel de pelo de caballo. Si lo destrenzaba podría prolongar su largo al doble, aunque con menos resistencia. Fuese como fuese, con eso tendría que sobrevivir a lo que fuera un viaje a fuerza.

Mis recuerdos eran difusos y lejanos muchas veces, pero a pesar de todo los sentía mis y aunque ahora lograba emocionarme con ellos, no siempre lo recordaba de esa manera.

Quizás la caza se me diera bien, considerando que mi padre acostumbraba a desollar a sus presas cuando estas aún respiraban, argumentando que de esta manera ganábamos tiempo precioso que el sol y las moscas nos podrían arrebatarse. Yo por supuesto con seis años presenciaba ese espectáculo con el horror de un infante que se le ha arrebatado la infancia.

Mis vagos recuerdos son constantes y vienen a mi como cuchillas cuando logro un segundo de tranquilidad. Recuerdo que durante mi juventud mi vida se basaba en olfatear la presa seguir su rastro y darle muerte para desollar y vender las pieles, curtidas o sin trabajar. Jamás sopesé la posibilidad de tener que asumir el papel de aventurero ni mucho menos de delincuente, porque a ojos de la ley, eso era ahora y tendría que

soportar mi nueva vida si quería vivir, o sobrevivir.

Por fin levanté la vista para tener una imagen general del lugar y me sorprendió ver que por la forma en que los árboles se agrupaban, estaba cerca de un arroyo, o un claro. La presencia de deposiciones frescas a mi alrededor me indicaban que los animales habían pastado a tempranas horas de la mañana y que mi alimento podría estar cerca.

Mi primera tarea sería limpiar mi harapienta ropa y sacar la mugre que tenía encima, de lo contrario iba a espantar incluso a los propios animales.

Me bastaron solo diez minutos de caminata para llegar a los pies del río que lindaba con los prados más verdes que vi. El tapizado uniforme del terreno me llamó la atención pues no vislumbraba presencia humana en los alrededores. Esta zona era completamente virgen del paso de personas y lo que era mejor era la seguridad de un buen alimento.

Lo más doloroso fue, y a pesar de no tener mucha ropa encima, sacar la camiseta de lana que estaba pegada a mi cuerpo en una mezcla de mugre, sangre y sudor. Desprenderla de mi espalda fue terrible, sentía como las finas hebras tiraban de mi piel aún abierta y escocían recordándome el lugar exacto de los latigazos.

Miré mis sucias y ensangrentadas muñecas, el corte provocado por el cordel me tenía la piel abierta en 2 secciones de la muñeca izquierda, y mi muñeca derecha estaba hinchada en toda la zona del antebrazo.

Mis pies descalzos habían recorrido una tremenda distancia y ahora que los miraba notaba el daño que les había provocado. Sanarían, pero el ardor iba a acompañarme hasta que pudiera darles una cataplasma de caléndula, que según sabía suelen crecer alrededor de estas tierras.

Me tomó toda una tarde poder lavar y secar la ropa al sol. El agua del río era caudalosa y esto me dificultaba mucho la tarea de mantenerme en pie para evitar que la corriente se llevara mis pertenencias. Apenas mis pies se sumergieron en el helado fondo del río experimenté una mezcla de alivio y dolor. Recuerdo haber contado tres o cuatro salmones mientras fregaba la ropa con mis manos, y la impotencia de no poder soltarlas para poder atrapar un pez y comer la carne que tanto necesitaba, no obstante nadie me tomaría en serio si me acercaba a un pueblo desnudo, la comida podría recogerla una vez terminada mis labores.

Me dejé puesto sólo el calzoncillo de lana para poder comenzar a buscar un poco de madera que encendí con la dificultad de alguien que tiene las manos entumecidas y temblorosas y con la pericia de un bebe de cuatro

meses.

Cuando tuve el fuego iniciado, comencé a buscar rastros de heces pequeñas; una liebre me vendría bien y sería más que suficiente para calmar mi apetito. Por el rabillo del ojo vi correr a mi presa, su velocidad era impecable y sus saltos dejaban en evidencia la fisionomía de quien ha sido creado a la perfección. Estaba tan absorto en mi asombro que vi fugazmente como la liebre se alejaba acompasada pero con paso firme, así como mi deseo de una buena comida.

No pasó mucho tiempo hasta que me decidí a emprender rumbo al sur. Si mis cálculos no erraban demasiado, y alejándome de la carretera principal, tardaría cuatro días en llegar a la "Loma colorada".

Tomé aliento afrontando la difícil tarea que se me avecinaba e inicié mi periplo. Mi idea era mantenerme alejado de la carretera el mayor tiempo posible, pues no quería ser divisado por gentes dudosas u oficiales de turno, cuyo trabajo en tiempos de paz era tan similar al de los asaltantes de camino.

La vista era hermosa, y considerando mi actual estado, maravillarme con poco era una constante. Los álamos crecían sin orden alguno tras dejar atrás los campos de césped más verde que hubiera visto. Todo parecía en calma y mi mente se regocijaba ante esa tranquilidad. Pasé las siguientes dos horas viajando bajo el mismo esquema, pero al cabo de la tercera hora, algo más adelante llamó mi atención de manera imprevista.

Dado que no esperaba encontrar personas; al menos mientras durara mi corto viaje a través de los campos y llanos, fue extraño divisar a un grupo de tres individuos agachadas, presumiblemente examinando algo.

Juro que intenté alejarme lo que más pude, pero la curiosidad acechaba mi mente como un lobo a su confiada presa. La tentación era fuertísima y crecía a cada segundo. Mi razón me decía que aprovechara su ensimismamiento para tomar la ruta que me separaría de aquellas gentes, pero mis deseos de averiguar que era lo que llamaba su atención me tenían pendiendo de un hilo. Es extraño no poder entender las razones que atan a un hombre al peligro, pero es aún más inexplicable el porque conociendo los riesgos se es capaz de proseguir.

Sin darme cuenta me encontraba a tan solo seis metros del grupo, y no me explicaba como me había acercado tanto sin hacer ruido. Probablemente se debía a que iba reptando; agachado en cuatro patas con la barriga pegada al suelo, siendo la envidia de cualquier serpiente.

Mientras me movía agazapado, la fina hierba rozaba mi barbilla, se metía por mi nariz y me provocaba una picazón incipiente muy difícil de controlar. A medida que avanzaba me acostumbraba al roce y se hacía

más llevadero. Mi nariz respiraba cada centímetro de ese verde pasto, era un aroma exquisito. Podría haberme quedado de espaldas mirando el cielo, descansando, pero la sola idea de dejar mi cometido a un lado me provocaba rechazo.

Tomé la decisión equivocada, pero ya era tarde para dar la vuelta, pues dos de los tres individuos se encontraban de pie y precisamente era uno, el más anciano, el que me estaba inspeccionando con una mirada tan auscultante que casi sentía sus ojos dentro de mi cuerpo.

En aquellos momentos lamenté no haber trazado otro camino, pero mi mente se puso a trabajar sabiendo que mi vida dependía de ello. Las palpitaciones aumentaron de manera asombrosa. Casi podía sentir el trepidante paso de mi sangre a través de mi cuello, latiendo de manera constante y con un martilleo que comencé a sentir en mi sien. Rápidamente analicé mi entorno para aprovechar las escasas ventajas que pudiera sacar de ello: miré al suelo; al foco de su interés y lo que observaban era un cadáver que por el pútrido olor que desprendía y por la presencia de las innumerables larvas, no podría tener menos de una semana muerto; aparentemente a causa de una infección provocada por una herida de flecha que atravesaba la altura de su cuello, entre clavícula y carne descompuesta -de ahí el nauseabundo aroma-. El pasto alrededor anunciaba varias pisadas, y no eran las de los tres sujetos puesto que se encontraba apelmazado y mucho más amarillento. Había una pequeña roca con forma de huevillo parcialmente enterrada a la derecha del cuerpo en la zona del hombro.

El primer hombre, y el que me estaba dedicando la fulminante mirada, vestía ropa común y gastada, muy propio de quien trabaja las tierras. En su cinto colgaba mediante una argolla metálica un tanto oxidada, un hacha bastante roma y muy mellada por el uso. No vestía armadura alguna, ni el más mínimo cuero curtido, lo que me indicaba que estaban o saqueando el cadáver o se habían desviado como yo del camino a causa del fétido olor. Su aspecto era el de un hombre de unos cincuenta años y sin barba en la cara. El conjunto entre sus ojos y cejas, y la forma en que estaban curvadas anunciaba total desconcierto.

El segundo de ellos, bastante más fornido y alto, tenía una barba tan poblada que ni el más versado barbero habría tenido fácil la tarea de cortarla. Se terminaba a la altura de su pecho y en la punta donde se terminaba, un cordel de cuero se encargaba de darle forma de flecha. Sus ojos eran extrañamente azules y rojizos; casi lilas, y por la forma de vestir, claramente era alguien instruido en combate. Su complexión evidenciaba un excelente estado físico y su mirada intensa y penetrante no dejaba lugar a dudas que estaba dispuesto a cualquier desafío. Su armadura era ligera pero lo protegería bien de un golpe mal asestado, y como suele suceder con aquellos versados en el arte de las armas cortas, la movilidad era imprescindible. El arma la constituían un par de puñales

de hojas de alrededor de treinta centímetros, en evidente buen estado y quizás recién afiladas por el brillo que desprendían. Su hoja rutilaba con un baile en vertical y el sol la bañaba como a una ninfa esperando su enamorada presa.

El tercer integrante se encontraba aún en el suelo, pero su aspecto era similar al del primer hombre: ropas algo raídas, zapatos de cuero desgastados y un jubón de lana percutida. Lo coronaba una caperuza de un tipo de tela que no identifiqué y de un color marrón bastante oscuro. No cargaba arma alguna pero tenía la intención mas viva que sus dos compañeros. No tendría mas de veintidós años de edad, pelo cobrizo y unos ojos azabache que solo infundían malicia.

Fue extraño porque a pesar de que me quedé petrificado mirando al chico, este no tuvo intensiones de cruzar miradas.

Cuando hube finalizado, sentí que mi cuerpo volvió a mí, y como si se tratara de una serie de sucesos extraordinarios, me di cuenta que lo que para mi fueron cerca de tres minutos, no había significado ni el palpitir de mi acelerado corazón.

Al instante me sentí agobiado presa del cansancio, sin saber el porqué. Por el contrario, quienes tenía frente mío se mostraban tan pétreos como el momento en el que me divisaron.

Sin mediar palabra alguna, el más joven de ellos, con un brusco movimiento que descolocó al miembro más anciano, robó el hacha que colgaba de su argolla y dirigió un potente golpe en dirección a mi cuerpo. Yo un tanto atónito, sólo pensé en cubrir mi rostro, pero por alguna razón el movimiento fue otro, desobedeciendo por completo la orden dada desde mi cerebro. Lo que sucedió a continuación me dejó tan perplejo como a mi atacante.

Mientras el hacha se cerraba frente a mí, un movimiento fugaz de mi pierna derecha me permitió dar pie a un ángulo exterior que hizo que el chico perdiera el equilibrio mientras seguía hacia el frente producto de la inercia de su movimiento, y en el acto lo tomé por la espalda haciendo presión sobre su cuello con mi mano izquierda mientras que con mi brazo libre tomaba el arma oxidada.

De un momento a otro pasé de ser la presa al cazador, y no sólo eso, mi cuerpo se movía con total libertad como si supiera que movimiento seguiría al anterior. Era una sinfonía extraña pero perfectamente acompasada.

Lo que no vislumbré fue que el hombre de los puñales ya se encontraba en posición de combate, por lo que apliqué más presión en el cuello de mi víctima para acelerar el proceso de inconsciencia. Se desplomó al instante

y al caer se desprendió una nube de polvo que pude respirar completamente y un sonido tan fuerte que me estremeció el cuerpo.

Contra él no tendría oportunidad. La tristeza invadió rápidamente mi alma; sabía que iba a morir y aún me faltaban tantas cosas por hacer. Mi breve conocimiento de las armas se limitaba a un par de horas con el arco y flecha, además del hacha cortando leña los días de invierno, por lo que mi mejor movimiento fue rodar en el suelo mientras el segundo atacante desenvainaba estoico sus puñales. Me quedé petrificado ante el mal olor que desprendía el cadáver a mi lado, y como si de un recuerdo se tratara, tomé el huevillo semi enterrado con mi mano libre y lo dirigí con tal potencia y precisión que mi atacante cayó a un lado mío soltando en su caída las hojas afiladas, pero con tan mala fortuna que una de ellas se enterró en su vientre mientras este caía violenta e inevitablemente permitiendo que el fino metal penetrase en sus tejidos más blandos hasta llegar a sus músculos. Pude escuchar el crujir de lo que imagino sería una vértebra frenando el acero, y luego de esto el silencio. Un silencio espectral tan extraño y apacible como el olor que desprende el suelo después de una torrencial lluvia. El charco de sangre que se formaba a su alrededor era tan espeso y amplio que podía casi sentir como la vida se escapaba de sus entrañas sin que nadie pudiera hacer algo. Comenzaba a esparcirse pareciendo una bestia que engulle todo a su paso. Un torbellino que mueve arboles y casas sin forma de detenerlo.

El más anciano de los hombres no daba crédito a lo que sus cansados ojos veían, como era posible que un hombre con tal aspecto pudiera hacer tal desmán sin arma alguna.

-Chico, esto no estaba en mis planes. Perdona la vida de mi hijo, toma la mía, pero por favor no lo mates. Ya perdí al mayor, no soportaría ver los dos cuerpos inertes en el mismo sitio. Esto no es espectáculo para ningún padre. -La marea de sus ojos comenzaba su subida.

Un rayo atravesó mi mente y logré unir los fragmentos de historia que me contaba aquel acongojado hombre.

Se siente extraño tener la verdad tan cerca todo el tiempo, pero no notarlo hasta que el detalle más mínimo asoma para dar claridad a la razón.

El cadáver en descomposición era sin duda el hijo perdido y yo había aparecido en la escena sólo para empeorar la situación de un angustiado y exhausto padre. Me maldije por ser tan curioso e intenté explicar sin resultados que no buscaba provocar un altercado, pero el hombre no cedía a mis explicaciones. Estaba en shock.

Me puse de pie, sólo para volver a agacharme y voltear el cuerpo inerte de mi reciente atacante. Tomé una pobre bolsa con tres monedas de

cobre, sus dos puñales y sus botas, que a pesar de ser más grandes, serían mejor que andar descalzo. El puñal había penetrado tan profundo que tuve problemas para retirarlo, probablemente atascado en algún hueso obedeciendo al sonido que escuché en su caída.

Tomé al tembloroso hombre por el cuello amablemente, casi con una dulzura que no esperaba encontrar, le imploré disculpas y le expliqué que su hijo menor no corría peligro, que sólo estaba inconsciente, pero el hombre no parecía escuchar mis palabras.

Sin esperar respuesta me puse en marcha, no sin antes retirar del cuerpo inconsciente del chico su caperuza. Era la primera vez que mataba, o al menos eso parecía, porque mi cuerpo temblaba descontrolado y mi estomago estaba hecho jirones.

Si hay una imagen que no puedo olvidar hasta el día de hoy es aquella donde los vidriosos ojos de mi víctima se cruzaban con los míos implorando volver a la vida.

Pero que vida era esta después de todo.

Capítulo 3

EL ARRIBO

Tres jornadas de viaje me fueron necesarias para poder vislumbrar recién en la lejanía, las luces de la Loma Colorada. Un pueblo de pescadores que sólo se mantenía a flote por ser una parada obligada a todo aquel que viaja al sur. Pertrecharse es una buena idea cuando las distancias son tan extensas y las nevadas se precipitan furiosas en invierno.

Los lugareños cuentan que en invierno la nieve cubre las praderas ocultando el camino; que en otras épocas del año está tan profundamente apisonado, que a los caballos se les hace difícil mantenerse al trote sin trastabillar. Por este motivo aquellos que desafían a la naturaleza pueden verse momificados en verano a las orillas de las transitadas carreteras, cuando el sol ha bañado con sus primeros rayos de la estación las congeladas vías. Ahí ya es demasiado tarde para volver a casa.

Yo sólo había escuchado vagas historias acerca del nombre de aquel poblado, jamás algo concreto. Mi fuerte atracción por conocer algo más de los anales de ese pequeño asentamiento me llamaba a su taberna. Sabía que allí frecuentaban juglares cuyo único propósito era dar a conocer sus baladas con presteza, ganando el favor de sus oyentes, o el desprecio por sus plagios. Quien primero contara la balada, sería el propietario de la misma; así funcionaban los juglares y bardos.

Mis pasos me guiaron por un sendero marcado por las antiguas pisadas de caballos, carretas, y hombres. La historia narraba que el pueblo se había formado inicialmente por individuos de los bosques, quienes a raíz de la guerras que asediaban las fronteras de Los Sotos se vieron obligados a dejar sus hogares en los altos arboles para migrar cerca de las costas en un entorno completamente distinto, pero con otras tantas oportunidades.

La historia pocas veces es sangrienta, y esta no era la excepción.

Antes de poder disfrutar de un plato de comida caliente, de una cerveza helada y de una reconfortante cama, tendría que conseguir algo de dinero pues con los tres cobres que había obtenido no podría hacer mucho más que comprar una jarra de cerveza, y mi propósito era cambiar las preciadas dagas que había sustraído del frustrado atacante por algunas monedas de mayor valor.

No presté atención a las armas hasta que me presenté al herrero del pueblo, quien de inmediato se extrañó al ver los objetos en mi posesión.

-Chico, yo devolvería tales objetos a su propietario. No se como lo lograste pero no es una buena idea robarle a Sallen, menos sus cosas de

más valor.

-No he robado nada, anciano, jamás lo he hecho. Estás dagas me pertenecen ahora por derecho. Mi atacante perdió su vida en el momento en que intentó quitarme la mía.

No pude ignorar el cambio en el rostro de aquel hombre, su cara preocupada y a la vez apacible, se tornó blanquecina mientras que su boca caía levemente, dejando en evidencia la falta de uno de sus incisivos centrales y sus dientes amarillos como el azufre.

-Créeme buen hombre, lo que te digo es cierto, no bromearía con mi vida.

-Te creo, más nadie en este pueblo querrá comprar aquellas cosas. Escúchame bien, has matado una leyenda, has terminado con lo que para muchos fue el terror de los asaltantes. Por años Sallen nos cuidó de los horrores que provocaban los bandoleros y delincuentes, y ahora tú cargas con la muestra de que ya no tenemos esa seguridad. Por tu bien te aconsejo guardar las dagas, y no dar muestra alguna de ellas, al menos hasta que dejes el pueblo.

-¿Sabes porque nuestro pueblo recibe el nombre de la Loma Colorada ?

-Pues me encantaría saberlo. -Respondí desafiante mientras el hombre de tez morena me miraba de pies a cabeza, como buscando una explicación a mi temeraria respuesta.

-Hace cinco décadas llegamos los primeros hombres a esta costa, formando lo que serían las cuatro casas. Nuestras familias eran numerosas, a pesar de que solo éramos cuatro de ellas al comienzo. Con el pasar del tiempo nuestros clanes se fueron uniendo cada vez más, nuestros hijos embarazaron a los otros, se generaron disputas y cuando el padre de Sallen; Otto, supo que Bremen había dejado encinta a su pequeña de quince años, violentada y dejada agonizante a un costado de lo que habíamos llamado puerto, ofreció sangre por sangre.

-Era la forma que habíamos creado para tener justicia, para forjar equilibrio y que el creador entregara equidad divina. No hay nada más poderoso que la manifestación de la fe para nuestro pueblo. El creador da y quita; por él nuestras mesas rebosaban de alimento.

-Otto no lo dudó y llamó a viva voz a Bremen en el centro del pueblo, mientras todos nos agrupábamos alrededor ignorantes de lo que sucedería, pero ansiosos como críos que esperan un trozo de codoñate. El barullo que provocábamos era tremendo para ser tan pocos los ciudadanos del poblado y los gritos se hacían cada vez más fuertes, de manera que Otto pidió silencio con una voz propia de quien es capitán de

barco.

-El silencio fue inmediato y las gentes del pueblo se miraban unas a otras a la espera de lo que diría aquel fornido hombre.

-Su voz era profunda, y cuando se alzaba parecía el resonar que emite la tierra antes de un inminente movimiento.

-Otto era el propietario y capitán del "Sollozo" ; el primer barco pesquero que tuvo la aldea, y por este motivo y por traernos los primeros peces a la mesa, se ganó el respeto de toda la gente. El trabajo diario de salida a alta mar había forjado en ese hombre un cuerpo digno de un luchador.

Su espalda era casi tan ancha como un barril de roble de esos que guardan la mejor reserva de ron, su estómago tan grande que podía comer media docena de bogas sin sentir pesar en su barriga. Su hija menor; Lotta, que desde los cinco años tenía la costumbre de esperarlo cuando el sol comenzaba a menguar en la orilla de la caleta, era sin duda objeto de deseo secreto entre su tripulación. Así fue hasta sus quince años, cuando antes de que Otto volviera Bremmen le hubiera arrebatado su ingenuidad.

-Lotta era preciosa, sus rasgos eran dignos de una princesa. Sus ojos de color pardo eran tan hermosamente profundos que al mirarlos, parte de tu esencia se iba en ellos. Su nariz era de un perfil imperfectible, sus pómulos denotaban el espléndido trabajo de sus padres. Su cuello era fino y tenía la delicadeza de una flor en primavera, pero la gracia de un animal predador.

-A pesar de que su padre tenía una poblada melena rubia como el sol, ella poseía el color de la que hubiera sido su madre. Un rojizo como los rayos que se reflejan en el cielo cuando el sol ya se esconde. Un crepúsculo a todas horas.

Noté admiración en la forma en que el anciano describía a esa muchacha. Su descripción me hizo imaginarla frente a mí, hermosa y sin defectos, luego miró al suelo y prosiguió su relato.

-A Bremen se le daba bien armar altercados, la taberna nunca era un lugar tranquilo gracias a su forma de llamar la atención.

-Tomó su hacha y ofreció su sangre a cambio de la de su hija; a quien le habían arrebatado su ingenuidad y su niñez.

-Bremen no lo pensó dos veces; su espíritu de luchador estaba sediento de sangre. Su alma no estaría en paz hasta sentir el frenesí del combate.

-La lucha fue breve, pero intensa.

-Otto inició el combate, tomando su hacha con la mano izquierda y balanceándola con una holgura envidiable, sus movimientos eran melifluos y danzaban como fantasmas en las historias de medianoche. Dio dos pasos firmes, posó el peso en su pierna izquierda, y cuando Bremen no lo esperaba, lanzó un corte horizontal con tal violencia que desprendió un sonido vibratorio a su paso. Bailaban maravillosamente.

-Aún puedo escuchar el sonido de su piel rajándose; los huesos triturados, el olor a sangre.

-Eso jamás se olvida chico.

-Pero Bremen fue más rápido, su espada de tan sólo setenta centímetros cortó el aire tan veloz que Otto no pudo oponer resistencia. El hacha de Otto ya bailaba horizontalmente cuando Bremen dio una finta lateral esquivando el golpe, y de forma vertical su hoja destelló en aquella nublada mañana encajándose abruptamente en su craneo. Lo peor fue el momento en que intentó retirar la hoja, que estaba tan profundamente incrustada en el hueso, que de no haber sido por eso, podría haber acabado con Sallen.

-Sallen... ese chico cambió por completo nuestra forma de ver la justicia.

-No pudo evitar la muerte de su padre, no pudo evitar la violación de su hermana, pero si evitó que Otto siguiera respirando nuestro aire.

-Sin mediar consecuencia, el chico había tomado dos hojas cortas a medio terminar que me habían encargado de la forja. Lo recuerdo bien pues aún estaban muy calientes cuando me las arrebató de las pinzas y las puso en sus manos.

-Su cólera era tal, que no sentía dolor alguno en sus extremidades, o al menos esa impresión me otorgó.

-Se acercó con tal sigilo por la espalda de Otto, que ni el aire lo notó. Las dos hojas aún rojas abrieron su vientre de lado a lado, dejando caer sus viseras en un caudal de sangre y mierda tan hediondo que dos de las chicas presentes nos permitieron saber cual había sido su comida horas antes. El sonido que generaban los fierros calientes era un siseo de lo más extraño cuando piensas que no es un trozo de pescado lo que se esta asando.

-Pero a Sallen no le bastó con eso, y mientras Otto bregaba por introducir sus tripas dentro de su estomago, el chico aprovechó la ocasión para enterrar cada una de las hojas en sus cuencas, y girándolas como si de llaves se tratara, sacó de cuajo sus verdes ojos. Finalmente y para horror

de todos, retiró una de las rojizas hojas y rajó su traquea de forma vertical, sacando su lengua por el agujero, mientras Otto se ahogaba en su propia sangre.

-El espectáculo fue tan horroroso que desde entonces Sallen fue apodado "El carnicero de la Loma".-

No me percaté de la hora que había pasado escuchando a aquel inquieto anciano, pero el ocaso de la tarde me anunciaba poco tiempo para buscar una solución a mis problemas de alimento y techo.

Con las dagas fuera de juego, y sin nada más de valor en mi posesión, mi opción era buscar refugio en algún alero o tenderete de los que ya estaban cerrados tras un día mas de trabajo.

Y así lo hice. Esperé pacientemente que un cansado vendedor de pescado seco se retirara impávido pese a no haber vendido nada. Su puesto era simple pero tenía un techo de paja con barro que me daría un respiro si la lluvia se manifestaba, no obstante no tenía más que una pared de paja sujeta con palos secos a causa del sol.

Sentía tal hambre que no podía siquiera conciliar el sueño. Mis tripas sonaban de manera estrepitosa y yo solo pensaba en un delicioso cerdo al palo.

Torturarme de esa manera era peor que los palos que me propinaron mis captores cuando colgaba de aquellas poleas, y no encontraba forma alguna de poder cerrar mis ojos y caer en el abrazo cálido y negro de mis sueños.

Me pareció muy raro sentirme de un momento otro tan vivo y lleno de energías. De pronto ya no sentía nada más que deseos de tomar mis cosas y continuar mi viaje. miré mis manos y estas estaban tan limpias como un cielo después de la tormenta. Mis ropas estaban impolutas y ya no calzaba aquellas incómodas botas desgastadas. En vez de eso, ahora mis pies estaban forrados por cuero de alce, legítimo cuero de alce.

Extrañamente mi campo de visión no me dejaba ver más allá de tres o cuatro metros. Mis ojos comenzaron a nublarse. Me restregué fuertemente sin provocar ningún cambio.

De improviso me abrumó y me descolocó la brusca parálisis que sufrieron mis piernas. Mis brazos no me obedecían. Pude vislumbrar el rostro de una hermosa mujer, dudaba mucho que se tratara de Lucy, ella no podría estar aquí. Comencé a dudar de lo que estaba viviendo.

Un golpe muy fuerte remeció mi cuerpo, provocándome una pérdida de equilibrio tal que caí de costado al suelo. Luego otro golpe en mis costillas.

No eran golpes fuertes, pero no dejaban de ser dolorosos.

En la lejanía un sonido comenzaba a manifestarse cada vez mas fuerte. No era un sonido, eran palabras. Cada vez las oía mas claras: antate, lentate, levántate ¡LEVANTATE HOLGAZAN!

Como un rayo mi conciencia se agolpó en mi mente, mi cuerpo perdió energías, mi estomago volvía a rugir como un león que aparta de su dominio a las hienas hambrientas., y al mirar al cielo y no poder abrir del todo mis ojos noté que había pasado dormido toda la tarde hasta llegar la mañana nuevamente.

Todo comenzó a tomar forma de nuevo y mis ojos ya podían ver el panorama que se cernía sobre mi.

Desde mi posición las dos personas que tenía sobre mi se me antojaban altísimas, corpulentas y por las líneas de su rostro, uno más viejo que el otro.

-¡Hey tú! Muévete del puesto, no tenemos tiempo para ocuparnos de borrachos.

El segundo de ellos y el más joven seguía propinando patadas a mis doloridas piernas. Ahora mi mente volvía a trabajar.

-No estoy borracho, estoy simplemente cansado. Estoy buscando la manera de ganarme la comida el día de hoy.

-Pues ve pensando más rápido genio, porque nosotros no tenemos nada para ti.-

Resopló el más viejo y cansino.

Sus palabras no me molestaban del todo, probablemente y en mi estado no entregaba la mejor de las imágenes, y era muy factible que no incitara a la confianza después de todo.

Me incorporé lentamente y no sin proferir pequeños balbuceos de molestia, pero cuando estuve de pie resultó que las dos personas que tenía de frente no me lograban llegar a los hombros.

Eché un rápido vistazo al tenderete de uno de mis costados, que ya había sido abierto por uno de ellos, y noté que su negocio era el de sedas y joyas. Por lo que había logrado descubrir la noche anterior, este pueblo no era el mejor lugar para vender estas mercancías, ni mucho menos un buen mesón para mostrar estas existencias. Atisé por el rabillo del ojo unas sedas muy particulares, de colores que jamás había visto: eran de alguna forma verdes y doradas, moradas y naranjas. Cambiaban de color

de manera singular cada vez que el viento las movía.

-Soy un versado hombre de armas, instruido en la espada. Sufrí un pequeño accidente cuando me dirigía a este pueblo, y lamentablemente fui abandonado por mis compañeros de escudo. Me dieron por muerto cuando un furioso oso intentó quitarme la vida en los sotos que están más allá de la entrada norte.

-Y a nosotros que nos importa tu patética historia vagabundo -

Me dirigió la palabra con desprecio y sin el menor animo de creer algo de lo que le contaba.

Yo no podía imaginar una historia menos creíble, pero a mi favor puedo decir que la falta de alimento estaba afectando todas mis capacidades.

-Bueno, pues he notado que ambos son muy buenos trabajando las telas, y que no encontrarán en este lugar quien aprecie la calidad de sus trabajos como en otras ciudades. ¿Han pensado en la posibilidad de ampliar sus horizontes?

Ambos me miraron pensativos, noté como mi precaria idea les generaba una duda, algo que comenzaría de a poco a comer sus deseos de saber más.

-De que hablas, acá nos va muy bien, de vez en cuando aparecen mercaderes errantes con cosas para intercambiar. hace dos meses pasó una legión de caballeros, y se llevó 2 arcones con nuestras mejores joyas. Trabajadas en la mejor plata que encontrarás de aquí a Canteras.

No se porqué no tuve dificultades para oír lo que balbuceaba uno de los hombres al más viejo de ellos:

-Tío, esas mercaderías nos fueron robadas por los soldados, piensa en lo que dice este hombre.

Mi audacia me permitió intervenir en la cerrada conversación e ignorando mi dudoso estado me dirigí serenamente a la pareja.

-Caballeros, lo que les planteo es ser su escolta personal en todo el camino que atraviesa de aquí a Boca de Lobo. Todos sabemos que ahí se encuentra lo mejor de la región, y no nos tomará mas de una semana llegar allá. Sin contar que sus mercaderías se venderían como pan caliente. Son únicas y el labrado de sus joyas no tendrá precedentes. Yo por mi parte seré su protector, sólo debemos aprovisionarnos y prepararnos para partir.

Mis palabras estaban tan provistas de convicción que comencé a dudar del porque no era mercader en vez de lo que sea que yo fuere en ese momento.

-¿Y que te hace pensar que barajaríamos siquiera esa posibilidad? Dijo el más viejo de ellos.

-Bueno, en primer lugar el movimiento de sus mercancías acá es muy lento, la gente de este pueblo no sabe apreciar el valor de lo que ustedes comercian, por lo que es muy difícil venderles algo. Por otro lado al llevar productos nunca antes vistos a Boca de Lobo asegurarían nuevos clientes dispuestas a tener prendas elaboradas con los colores más vivos de toda la región. Todo esto sin mencionar que podrían elevar sus precios de manera jugosa generando nada más que beneficios, mis juiciosos mercaderes.

Al principio se mostraron dubitativos, pero al cabo de unos tensos minutos, el más viejo rompió el sepulcral silencio.

-Soy Luccio, y este es mi sobrino Metre. Llevo más de veinticinco años trabajando estos materiales en el pueblo y a pesar de que jamás me ha faltado el alimento, nunca he podido sentir el lujo de vestir mis propias prendas como corresponde. Me he pasado la mitad de mi vida pisando este barrial de puerto, esperando que la oportunidad llegue en barco o en forma de carromato, y ahora veo que los dioses lo han enviado.

-Bueno, pues creo que el destino nos preparó para este momento. Antes de comenzar nuestros preparativos, me gustaría poder comer algo si no es problema.

Sabía que había ido muy rápido, pero el dolor que me propinaban mis tripas ya era tan grande que un poco de vergüenza no me hacía mal, después de todo con tanta mugre en mi cara no se vería el rubor de mis mejillas.

-Pues da la coincidencia de que el dueño de la taberna me debe un par de favores y no quisiera irme de este cuchitril sin haberlos cobrado.

Como si de una victoria se tratara, no pude evitar levantar las comisuras de mis labios de manera tan evidente que sentí como el rubor se prolongaba en mis mejillas.

El más joven del nuevo grupo no hablaba mucho, al parecer sólo atendía los pedidos de su tío sin rechistar. Era claro que estaba en formación, o bien su tío lo trataba como un pupilo a falta de sus padres.

Cuando llegamos a la entrada de la taberna, los olores me apuñalaron

como un asesino a su víctima.

Cebolla, ajo, pimientos, carne de cerdo, res y un olor a cerveza que antes hubiera encontrado repugnante, ahora se me antojaban los mejores de mi vida. Sentía como mis tripas se desataron ante el espectáculo de aromas, podía sentir todos los olores que inundaban aquel espacio.

Me pareció extraño comenzar a sentir también olores tan difíciles de descifrar como el aroma de la madera que componía la barra donde el posadero dejaba marcadas las argollas de los fondos de los vasos, o el olor de la paja de las camas del segundo nivel, donde probablemente habrían dos cuerpos en una lucha de placeres. Lo extraño fue que nada de esto estaba a la vista.

De alguna forma podía oler el sudor de los comensales, a pesar de estar a varios metros de mi ubicación.

Bajo la mampara; a la entrada de la posada, pude observar un grupo poco numeroso. Uno de ellos tenía un fuerte olor a sangre en su boca. El que estaba frente a él emanaba un nauseabundo olor a cuerpo debido probablemente a una falta de higiene extrema; aunque parecía que a su grupo no le molestaba, o bien su incipiente estado de ebriedad hacía pasar ese hecho desapercibido.

El tercero de su grupo jadeaba como si el ejercicio de beber le quitara el aliento, el vaho de su boca evidenciaba un cambio en la temperatura de su cuerpo, por lo que deduje que probablemente habían estado al interior de la taberna.

Los tres personajes se encontraban apoyados en los balaustres de la entrada de la taberna y productos de la ingesta de alcohol uno de ellos inició una riña sin sentido, el segundo le propinó un golpe que lo desorientó, mientras luego de caer al suelo el mismo compañero que había dado el primer golpe ayudaba a su colega a ponerse en pie. En instantes su boca sangraba abundantemente y con un diente menos. El tercero solo se limitaba a mirar el espectáculo con una sonrisa perdida y con evidente sorna.

Una vez dentro, el ambiente era de jolgorio. Una barahúnda sorda inundaba una de las esquinas del concurrido complejo.

Precisamente en una de esas esquinas llamaba mi atención una mujer bardo cuyos versos resultaban muy familiares, casi inherentes a mis recuerdos. Recuerdo algunos de ellos sin dificultad.

Pelea valientemente, pelea con mucho brío,

pues sólo sentirás alivio cuando cruzas el río.

Tu cabeza es tu arma, tu boca será la munición

espera y luego ataca, estrategia de la razón.

Pues el tiempo no perdona y la vida se te escapa,

y no tendrás extremidad alguna, que te sirva de capa.

Nos acercamos a la barra de la taberna, completamente mojada a causa del derramamiento continuo de las cervezas que salían en dirección a las sedientas mesas.

El tabernero sólo dedicó una mirada a nuestro grupo, y de inmediato Luccio apuntó una mesa a mi y a Metre para que tomáramos asiento. Me resultó llamativo que en su dedo índice llevara un anillo de hierro, casi negro por el uso. En su parte central pude observar una capa y algo que no alcancé a vislumbrar por lo breve del movimiento .

El tiempo pasaba a una velocidad digna de alguien que espera eternamente la llegada de un doctor cuando se está herido en batalla y yo ya podía saborear los diferentes jugos de la carne en mi boca, mis dientes triturando los hilos de carne, mi garganta refrescada por la burbujeante cerveza.

Al cabo de un rato Luccio llegó a nuestro lado y nos informó que en unos minutos nos servirían la comida.

Aproveché ese tiempo para dominar mi entorno , conociendo cada aspecto del establecimiento. La mesera sólo tardó unos minutos cargando con un cuenco que para mi sorpresa solo tenía agua y tres vasos de cuero. Se retiró a la mesa y para empeorar la situación llegó con tres platos de avena hervida en agua salada.

-Para ser el mercader con las mejores joyas de Loma Colorada tienes gustos bastante extraños Luccio.

-Dije en un tono sarcástico.

-¿Esperabas un plato de venado cuando apenas te conozco? pasaremos la noche en nuestro hogar, te daré techo, y mañana partiremos, pero no botaremos recursos en una cena lujosa cuando no hemos empezado aún nuestro viaje.

Lo miré con mi mejor cara, evitando que notara mi molestia; al fin y al cabo hace unas horas yo era sólo un mendigo más y ahora mi situación

era al menos favorable.

Al parecer, y a pesar de haber intentado cambiar mi semblante, el viejo Luccio notó la diferencia en mi rostro

-Créeme, cuando estemos a mitad de camino con menos provisiones que un naufrago, este plato se te hará una delicia.

Su afirmación no estaba tan lejos de la realidad, y a decir verdad este plato era lo más cercano a una delicia considerando que ya ni recordaba cuando había sido la última vez que había comido en un plato.

-Creeme Luccio, se lo que es añorar un plato de comida, créeme que si.

La cena fue breve y en menos de media hora ya nos dirigíamos a la salida de la taberna. Yo fui el último en atravesar el umbral y me exalté al no percibir el tirón que me propinaron desde atrás de mi posición, jalando de mi brazo para introducirme en un costado de la puerta. La conversación fue breve y me dejó lleno de dudas.

-No tengo tiempo; se quien eres y comprendo que no me recuerdes. Toma esto y gracias por lo que hiciste por mi.

Sin permitirme la palabra la trovadora abrió mi mano e introdujo un brazalete de oro con incrustaciones de algún mineral negro. Luego se alejó en completo silencio y sin darme tiempo siquiera de hacer preguntas.

Salí apresuradamente del umbral divisando un aleteo de manos pertenecientes a Luccio, quien se aprestaba a reprocharme por mi demora. Caminamos unos trescientos metros y llegamos a lo que parecía ser su hogar. No era muy grande, pero podía notar que vivían bien junto a Metre.

-limpiate esas botas y pasa, no dejes mugre en el piso.

-Me indicó Metre enfadado sin ninguna razón aparente.

Me parecía una petición bastante extraña considerando que el pueblo en completo era un barrial. No había calles sin hoyos con agua, porque para considerarlas posas, no debían ser muy profundas, y en ocasiones metía los pies hasta la mitad de la tibia.

Hice caso y restregué la mugre de mis botas contra la crin de caballo del suelo y me apresté a ingresar en la morada.

Tan sólo entrar pude sentirme recogido por la calidez. Era bastante acogedora, el fuego resplandecía y las llamas bailaban en las paredes de

la casa, compuestas principalmente de ladrillos rojos.

Luccio me indicó que tomara asiento junto a la mesa y le pidió a Metre que trajera la jarra del mejor vino mientras el calentaba al fuego la pata de cerdo del almuerzo.

-¿Tenías cerdo ahumado y me diste de comer avena en agua?

-Joven, no me haz dicho tu nombre, no invitaría a comer a alguien a mi casa que ni siquiera se ha dignado a darme algo con que nombrarlo, sin considerar que tenías tanta hambre que me habrías apuñalado por un trozo de este jamón sabroso jamón.

Desde que huí de Canteras no me había puesto a pensar en lo importante de poseer un nombre. Guardias, gentes, posaderos; todos necesitarían de un nombre para un registro, una inspección o simplemente porque era la norma. Ni siquiera recordaba tener alguno, por lo que la urgencia de la situación me hizo decir la primera estupidez que se me vino a la mente. Record fragmentos de conversaciones en la taberna, diálogos de transeúntes y juegos de niños horas antes.

-Me llamo Docer, serví en el ejercito de Boca de Lobo y fui capitán de la guardia imperial. Llevo las últimas dos semanas tratando de reencontrar mi rumbo de vuelta a la capital, pero las condiciones me han sido adversas.

Luccio me dedico una mirada de inspección, como esperando algo. No supe que decir.

-Metre, sirve dos copas de vino y vete a preparar los enceres. Partimos mañana sin demora. No dejes nada al azar, revisa provisiones para tres semanas, empaca las telas y joyas y ensilla los caballos. Montaremos en los dos carmesí y dejaremos el gris a nuestro amigo Docer. Venderemos el semental negro mañana a primera hora y saldremos al romper el alba. -

Luccio dio dos palmadas como si le estuviera hablando a un crío de cuatro años, y como si las ordenes fueran dadas por un instructor, Metre movió la cabeza afirmativamente, sirvió el vino y salió de inmediato con sus tareas en mente.

Al cabo de unos instantes Luccio me dedico una mirada fulminante y me encaró como nadie lo había hecho hasta ahora.

-No digas nada hasta que termine, escúchame muy bien. No me tomes por idiota, las líneas de mi rostro solo reflejan una parte de mi experiencia, y créeme, tengo bastante. Por este pueblo ha pasado de todo, y si hay alguien a quien conozco es al capitán de la guardia imperial, sobre todo porque viene una vez al mes, nos roba lo mejor que tenemos,

seca la taberna, se lleva nuestros mejores caballos y si tiene deseos viola a nuestras mujeres y a las más jóvenes también.

-He visto las magulladuras de tus muñecas, y si crees que soy tan imbécil para creerme el cuento que inventaste, entonces te pediré que abandones mi casa en estos momentos.

El viejo se enderezó, pasó la copa desde su mano izquierda a la derecha, y posó su cara tan cerca de la mía que el hálito de su boca lo sentía como propio.

-Olvidé comentar que la pata de jamón ya se encuentra caliente señor, y se me acaba de abrir el apetito, CER-DO.

Me apresté para dar las correspondientes explicaciones, y me sentí aliviado de la poca severidad que impregnó Luccio a sus palabras. A decir verdad esperaba que me sacaran a patadas de la cálida estancia, pero en lugar de eso me dio el beneficio de la duda.

-Está bien, seré sincero. No soy soldado, no tengo formación militar, he pasado huyendo las ultimas dos semanas de mis captores cuya identidad no conozco, no he considerado seguro pedir ayuda hasta que he llegado aquí y no recuerdo nada de lo sucedido antes de escapar. He intentado una y otra vez rearmar los sucesos de mi vida, pero no logro recordar nada salvo las acciones más cotidianas, y los recuerdos más antiguos, previos a mi encierro.

-Estaba sentenciado a morir decapitado luego de ser extorsionado para contar muchas cosas que no están en mi cerebro. Desconozco el motivo de mi captura, pero desde hace unos días mis sentidos son mas... Agudos. No se como explicarlo pero puedo sentir los olores de una manera mucho más intensa, mi vista no sufre cambios de luz tan severos en la noche. Puedo oír los pasos incluso de quien intenta pasar desapercibido, y el día e ayer me enteré de que...

-Lo se chico, no es seguro que lo digas, ni para ti ni para nosotros. De alguna forma nos sentíamos protegidos con Sallen. ¿Tienes aún las dagas que le quitaste?

Le enseñé los afilados objetos. Los había guardado en las cañas de las inmensas botas que vestía, y me habían provocado unos pequeños cortes en los tobillos, unos cardenales que comparado con los últimos infortunios que había pasado, sólo eran rasguños en el cuerpo de un gigante.

-Mmmm ¿Cómo lo hiciste? hasta donde todo el pueblo se imagina, Sallen estaba protegido por una divinidad suprema, una estrella que no permitía

que nada le sucediese. Era el terror para algunos; un escudo para otros.

-Como te dije, hay cosas que solamente suceden. Me defendí de sus ataques hace dos días cuando me encontré reptando para acercarme a un grupo de tres personas. Buscaban algo en un cadáver, imagino que asumieron que yo era lo que buscaban y simplemente me atacaron. No se como me defendí de sus potentes y rápidos cortes, pero aquí estoy.

Luccio entrelazó sus manos pensativo, y pude ver que sus dedos guardaban historias de trabajo. Quemadas por el sol, desgastadas por los metales y reseca por el calor de un oficio que requiere la atención de sus articulaciones como si cada una tuviera cerebro propio, sus huesos se notaban cansados. Tiritaban débilmente, pero yo pude notar todo eso y quizás algo más.

-El viejo Ivan había perdido a su hijo mayor hace poco más de una semana, le pidió ayuda a Sallen para dar con el asesino y por lo visto ninguno llegó a saberlo.

Me preparaba para interrumpirlo y contarle más detalles de lo sucedido, cuando sentimos un fuerte golpe a un costado de la habitación, precisamente en una de sus paredes.

Rápidamente salimos al umbral de la puerta y nos encontramos con un grupo de cuatro sujetos que tenían tirado en el suelo a Metre, evidentemente atontado y sangrando a causa de los golpes.

No se porque motivo me armé de valor y salí el primero, gritando a viva voz que se detuvieran profiriendo una amenaza dedicada a los matones.

-Dejen al chico o buscaremos otra manera de resolver esto, una que a ninguno nos gustará y que derramará sangre de ambos lados. Eso es seguro.

Sabía que las palabras no serían suficientes, pero simplemente buscaba tiempo para analizar el contexto y tornarlo a mi favor, o lo que pudiera sacar de él. De alguna manera asumía que no podríamos solucionar esto pacíficamente y mi cuerpo ya tensaba sus músculos para prepararse a un combate.

-¡Calla vagabundo! o serás parte del festin de golpes.

Las risotadas de sus tres acompañantes sonaron sordas en la tranquilidad de la noche, y las estrellas sintieron el pesar de que algo pasaría, rutilando de una manera inquietante.

-Sólo quiero saber que sucede y poder ayudarlos en lo que sea que buscan amigos míos, pero nada de esto terminará bien si partimos con

golpes y amenazas.

-Buscamos respuestas mal nacido, y si el botín lo permite, un poco de dinero.

Mi inspección me entregó información bastante útil. Cuatro sujetos sin armaduras. Tres de ellos obedecían las ordenes del que parecía ser el líder sin rechistar. El que estaba al mando no era el más alto, pero si el más fornido. Poseía unos brazos que estaban al descubierto, cuya musculatura dejaba en evidencia el trabajo diario al que los sometía. En su cinto cargaba una hoja de alrededor de sesenta centímetros bastante afilada y sin vaina. Los rasgos de su cara y la cantidad enorme de cicatrices me bastaba para saber que su vida giraba en torno a las trifulcas, y si seguía vivo, es que era muy bueno en ellas.

Dos de sus tres acompañantes ya tenían desenfundadas las porras con cabeza metálica, no las alzaban pero no les costaría mucho hacerlo. El último de ellos llevaba por arma una tira piedras bastante elaborada, no era de madera, era de metal y centellaba bajo la luz de la luna.

A los pies de nuestra nueva amenaza se encontraba el abrevadero, a un costado del líder había un saco abierto con arena de playa, seguramente utilizada para rellenar las posas que dejaba la lluvia en la fachada de la casa.

A mi costado derecho colgaba mediante un abrazadera de bronce la antorcha que iluminaba la penumbrosa entrada.

Como si mi cuerpo volviera en si previendo el peligro, esquivé un corte proveniente del musculoso líder, simplemente inclinando mi torso y cabeza hacia la derecha, momento que aproveché para hacerme con la antorcha aún encendida.

El movimiento se sintió casi mecánico, pero todo se movía de una manera tan calculada que mi asombro no tenía espacio entre tanta lógica.

Al momento en que mi cuerpo tomo su posición natural, di un fuerte gancho con la que ahora era mi arma, pero mi contendiente era bastante más ágil de lo que mi prejuicio recreó y no tuvo problemas en esquivar el potente golpe ascendente.

Sus dos compañeros de armas levantaron sus porras ,una en dirección al craneo de metre y la otra buscando a Luccio, y nuevamente mel asombro tomó parte de mi al agarrar rápidamente un montón de tierra para luego arrojarlo directamente a los ojos del cuasi verdugo de Metre.

Como esperaba, la tierra entro directamente a sus ojos, lo que le dio tiempo al chico de levantarse mascullando las peores palabras y subir con

una rapidez asombrosa a uno de los caballos. Golpeó sus costillas y con la silla algo suelta emprendió un frenético galope rumbo hacia donde yo desconocía.

Volví la vista y lo único que sentí fue un intenso dolor en uno de mis hombros, precisamente en la clavícula izquierda, seguido de un lapsus de inmovilidad a causa del golpe. El dolor era sordo, una mezcla de músculo y hueso.

El chico de la honda ya buscaba su próximo proyectil cuando descubrí el origen de mi sufrimiento, al tiempo que el líder del grupo nuevamente impulsaba su afilada hoja en dirección a mi cuello.

Todo era frenético pero no había caos en mis movimientos.

Me tomó por completa sorpresa la intervención de Luccio, sobre todo porque mientras todo acontecía no había notado su ausencia, cuyo propósito había sido ir en busca de su ballesta de caza.

Sentí el silbido del proyectil que voló milimetricamente cerca de mi mejilla derecha y posteriormente el crac del sonido cuando se incrustaba en la garganta de mi ahora inerte atacante. Se llevó las manos inconscientemente a su garganta, pero nada podría hacer con el borboteo de su sangre caliente, y menos aún con el virote que atravesaba su cervical.

Aproveché el desconcierto de uno de los porreros, y del chico de la honda, mas la distracción de quien se limpiaba la tierra, y me acerqué lo suficiente para asestar un enorme y potente golpe con la antorcha al chico de los proyectiles. Inmediatamente cayó al suelo desplomándose como un pesado bulto mientras su arma se deslizaba de sus manos. Tomé la honda lo más rápido que pude junto al proyectil que había rodado unos centímetros y proyecté un disparo a la cuenca del porrero que ya se me echaba encima.

No se como describir el espanto que me provocó la explosión de su globo ocular, pero lo cierto es que mi puntería no falló a pesar de mis temblores, acertando donde lo había indicado mentalmente.

Lo que hace momentos era uno de sus negros ojos ahora se había transformado en una masa amorfa y chorreante de sangre, en cuyo centro se alojaba un huesillo de piedra humedecida por el rojo liquido.

Sin saber como, el grupo de atacantes se había reducido significativamente y habíamos mermado sus intenciones de agredirnos. Lo cierto es que el matón que quedaba no tenia muchas opciones contra una

honda y una ballesta de mano.

Sentí una pequeña descarga eléctrica en el occipucio, luego la piel se me erizó y dio paso a un frío incipiente, pero breve.

No se como, pero percibía el latir de un corazón aterrado con pulsaciones aceleradisimas y con un martilleo que sólo yo podía oír.

Dejó su porra en el suelo y se aprestaba a correr como si su vida dependiera de aquello, pero Luccio tomó su ballesta, la cargó lentamente con un virote y calculó la altura a la que debía disparar el proyectil. La calma de aquel momento me inyectó de una sensación extraña, ¿seguridad tal vez? Era inusitado ver como el avejentado hombre mantenía una postura estoica al momento de liquidar a otro ser humano, se me antojaba casi natural.

El afilado objeto se enterró con tal violencia en el occipucio del ahuyentado atacante que su cuerpo se inclinó de una forma brutal mientras sus rodillas ya tocaban el suelo. Aún puedo recordar el sonido que emitió su nariz al fracturarse contra la grava y como se mezclaba con el olor de la cerveza que brotaba de su boca. No me tomé la molestia de dar vuelta el cuerpo para corroborar su muerte, pues sabía que un disparo en aquella zona blanda era letal, eso sin contar con el revuelo que causaríamos si no nos largábamos lo antes posible del sitio.

Luccio me dirigió una mirada cargada de rabia. Se veía cansado a pesar de que sólo tomó parte en el lanzamiento de sus disparos.

-Ya tendremos tiempo de charlar sobre todo lo que nos acontece hoy, ahora lo importante es largarnos de aquí lo antes posible.

-En eso estamos de acuerdo.

Afirmé jadeando, y limitándome a agitar mis manos para calmar la polvareda que habíamos levantado sin éxito.

Metre no había alcanzado a preparar mucho, por lo que debimos tomar lo esencial y cargar las alforjas de los caballos principalmente con granos y cereales, unos trozos de pan algo duros y carne del cazo que planeaban hornear en la noche, esta ultima cruda.

La tarea no nos tomó más de quince minutos, y a pesar de mis deseos Luccio no accedió a llevar una yegua de reemplazo, asegurando que un animal no iba a significar diferencia para dos jinetes, y que si escapaba era para seguir con vida y no para darme la oportunidad de seguir la mía.

Subimos a los caballos ya ensillados y nuevamente me dispuse a huir sin saber el porqué sucedía todo, pero algo me decía que en Luccio podría

encontrar más respuestas de las que el mismo aparentaba saber.

Partimos cuando aún la luna estaba en su punto más álgido, cuando los grillos tornan sus cantos en armoniosas melodías de medianoche, cuando el lobo encuentra la tranquilidad del descanso, y cuando la manada parte su migración.

Capítulo 4

LA NOCHE

Mis escasas ropas no me protegían lo suficiente para ahuyentar el frío, y aún me lamentaba por no haber tenido el tiempo de haber tomado las ropas de nuestros atacantes, por otra parte haberlo hecho me habría significado perder tiempo valioso, pues era hora de recambio de patrullas.

Mientras mi cuerpo se movía de lado a lado producto del galope tranquilo de nuestras monturas, comencé por vez primera a pensar en mi situación y de como había llegado al punto de no tener asidero de mi vida.

El viaje me resultaba extraño, era inquietante saber que a cada paso me alejaba de la inseguridad, pero se asomaba la incertidumbre y junto a ella, la intranquilidad.

No sabia si los cuervos volaran más rápido que el traqueteo de nuestros caballos, o si las ordenes de captura estarían dadas en la ciudad para cuando arribásemos, o si por el contrario nuestro incidente habría sido tan insignificante que no se levantarían las alarmas a tan lejana urbe.

-Debemos acampar antes que anochezca, buscaremos un refugio y seguiremos al despuntar el alba

-Me indicó Luccio con tono sereno.

Asentí con la cabeza agregando que si buscábamos refugio tendríamos que comenzar a transitar fuera de los caminos demarcados en los mapas, ya que de lo contrario seríamos presa fácil de asaltantes o lo que era peor aún, de la guardia que por esos días buscaba la manera de mantenerse entretenida.

Acordamos desviar en el próximo árbol y adentrarnos en los bosques cercanos. Mi padre en algún momento de su vida me había contado los peligros del bosque de Roca Redonda y de mantenerme alejado de la espesa niebla que cae cuando la luz del sol está muriendo.

Habían leyendas e historias por doquier, y claramente muchas invenciones, pero lo que sin duda era cierto, es que encontraríamos innumerables peligros si no andábamos con cuidado. Desde bestias hasta seres alejados de la sociedad, privados de todo rastro de civilización.

-Deberíamos buscar una cueva a los pies de esos cerros, así podremos calentarnos con fuego y preparar algo con el jamón a medio asar que

trajiste.

Espeté al momento que Luccio ya comenzaba a abrir su boca para darme una respuesta negativa.

Luccio insistió en dormir lo antes posible, y en dejar la labor de alimentarnos para cuando el brillo del sol nos bañara los rostros. Su insistencia fue tal que le ganó a mis ganas de querer acallar el ruido de mis tripas y caí finalmente presa del cansancio acumulado. El stress mental y la fatiga física no eran buenos aliados en estas situaciones, y mis huesos me lo hacían saber en la posición horizontal en la que me encontraba.

En otras circunstancias las pequeñas piedras que se enterraban en mi espalda me habrían impedido el sueño, pero ahora - extrañamente - me resultaba reconfortante sentir pequeños puntos de presión en mi magullado cuerpo.

De apoco la tensión se fue liberando, dejando paso a pequeños temblores producto de los movimientos involuntarios de mis músculos. Los cardenales de mis brazos y piernas aprovecharon la tranquilidad del momento para indicarme con un palpar constante, donde se encontraban reposando. Pasados unos minutos comencé a sentir tranquilidad, y mientras mis ojos se maravillaban ante la inmensidad de los astros, pude divisar lo que a mi juicio fue el destello de una fugaz estrella.

La negrura de la noche comenzó a abrazar mi consciencia. La intensidad del azul se tornó en un negro que ya sentía en mis párpados. Sólo unos segundos más y podría caer en el descanso que tanto necesitaba... De pronto algo impidió que me sumiera en la espesa selva de mi subconsciente. Sentí claramente el chasquido de las ramas a varios metros de nuestro improvisado refugio. Algo se agazapaba buscando darnos acecho, pero mi sensible oído lo percibió tan claro como el olor de un buen hidromiel .

Mi corazón comenzó a martillar de una forma espantosa y mis músculos, acostumbrados a este tipo de incidentes, comenzaron su trabajo de tensión.

la posición en la que me encontraba me daba dos escenarios: Podría hacerme el dormido y en cualquier caso atacar por sorpresa, o bien prepararme en el corto tiempo que me quedaba, a expensas de dar aviso a mi depredador.

No tuve tiempo para pensarlo mucho más, Luccio dormía apaciblemente o esa impresión me proyectaba.

De pronto todo quedó en silencio, me pareció escalofriantemente extraño no poder saber donde se escondía mi atacante, o lo que yo creía que era mi atacante. Las bestias del bosque podrían haberse visto atraídas por el fuego, la luz o el olor de nuestros cuerpos, pero ninguna bestia era tan silenciosa para que mis oídos no pudieran alertarme.

Atisé por el rabillo del ojo una silueta que me erizó la parte posterior de la cabeza y como por arte de magia la perdí de mi rango de visión. Pasó un instante y nuevamente sentí la presencia de quien me observaba. Sentía que jugaban con mis sentidos y eso me conturbaba.

Tomé aliento y puse toda mi confianza en lo que últimamente me había salvado en más de una ocasión: Mi percepción y mi instinto. Miré por ultima vez el firmamento, y me gire quedando de costado para rápidamente ponerme en pie mientras acercaba la rodilla a mi pecho retirando una de las dos dagas de Sallen que había guardado en la caña de mi bota.

Con el arma en mano mi asombro no podía más, frente a mi se encontraba el viejo Luccio y su sobrino Metre. De no haber sido por la agitación de mi cuerpo, lo habría considerado un sueño pero estaban ahí, tan reales como el hambre que sentía.

-¿Debo alarmarme?

-Debes tranquilizarte chico, Metre está sano y salvo y tenemos cosas de que hablar -

Me dijo el anciano con una tranquilidad que me turbaba.

-Al parecer esta noche no conoceré sueño alguno, y por lo visto ustedes parecen no tener cansancio en sus cuerpos, por lo que será mejor que aclaremos algunas cosas y seré yo quien comience a hacer las preguntas.

Mis palabras eran severas, las impregné de seguridad, tomando por primera vez el control de la situación junto a mis particulares compañeros de viaje.

Y así comenzó una de las charlas más extrañas y enriquecedoras de mi vida. Lo que conocía como leyendas y cuentos del campo, comenzó a tomar vida y a volverse una realidad que tenía en frente mío.

Luccio se veía nervioso y Metre seguía atentamente su relato, dando la impresión de que buscaba en todo momento interrumpir la narración para entregar detalles que solo él conocía.

-Antes de que comencemos esta conversación me gustaría saber cómo es posible que Metre supiera la ubicación exacta de nuestro paradero, el

lugar preciso de vuestro encuentro y porque se acercó agazapado entre la hierba

-Interrumpí.

Luccio pasó una mano por su barbilla y la acarició con suavidad, luego miró el suelo como buscando la respuesta correcta y me dirigió la mirada.

-Creo que esas no son las preguntas adecuadas, pero dada tu inquietud, y para que tengas plena confianza en nuestras intenciones, te daré las respuestas que buscas a tan simples preguntas.

-Antes de que cruzaras el portón de madera de Ramal, antes incluso que cayeras dormido junto a los árboles más altos de Calabozo, metre y yo te observábamos.

Mis enmarañados recuerdos comenzaban a desenredarse de a poco, era como si el tejedor lograra encontrar la punta de la madeja después de buscarla incansablemente.

-Hemos sido testigos de tu recorrido desde que dejaste la cárcel en Ramal y de cómo en solitario lograste dejar atrás una vida de cadenas. Hemos estado observándote mucho más tiempo del pertinente tratando de crear la oportunidad perfecta para que nuestro encuentro se viera fortuito pero no lo fuera.

¿Recuerdas a aquel hombre que buscaba rastros de su hijo junto a Sallen y el otro chico? ¿Recuerdas como todo se tornó en tu contra en solo minutos y de cómo saliste airoso de aquella situación? ¿Recuerdas siquiera cómo lograste controlar tu cuerpo y mente para entablar el combate que a un hombre regular le habría costado la vida en menos tiempo del que se pestañea?

Déjame decirte que nada de lo que haz vivido en el último tiempo ha sido azaroso, todo fue maquinado por Metre y yo. No podíamos dejar cabos sueltos en la búsqueda de tu persona, debíamos estar seguros de que estábamos tras la pista del hombre correcto.

Me apresuré a intervenir, y con una naturalidad casi inhumana Metre y Luccio no mostraron el más mínimo asombro a mi rostro deformado por la rabia.

-¿Me estás diciendo que casi muero y fui inculpado de un crimen que ustedes entramaron solo para tener certeza de que yo soy yo? ¿No era mejor acercarse y preguntarlo?

-Mis palabras resonaban como un tambor en la espesura del bosque.

-Chico, hay cosas que no podemos simplemente creer, debíamos ver tus capacidades, saber que por tu sangre corre no solo un liquido rojo y espeso.

Es necesario que te tranquilices, pues lo que te contaremos no es fácil de asimilar, no lo verás claro hasta pasados unos días.

Comencemos.

Capítulo 5

CONOCIMIENTO

Debo reconocer que fue extraño enterarme de tanto en tan poco tiempo. Las palabras del viejo Luccio venían como cuchillas a la carne, magullaban mi mente de una manera extraordinaria, pero todo cobraba sentido a la vez que escuchaba con atención y sin interrupciones el relato de mi compañía.

De un momento a otro estaba absorto en sus palabras, nada era lo que parecía.

-Lo que recuerdas de tu infancia; ¿imagino que sabrás algo de caza no? Sabrás algo de lucha y de muchas cosas que no entiendes como llegaste a enterarte. Todo es parte de un proceso de... llamémoslo adaptación a los traumatismos.

-¿Cuántos años crees que tienes encima? Interrumpió Metre de manera abrupta.

-Pues la verdad no tengo certeza, no me lo había preguntado, no pensé que fuera relevante. -Aseveré con un tono inflexible.

Pero ahora que la duda entraba en mi mente, necesitaba saberlo. El deseo se comía la hoja acerada de mi interrogante como el peor óxido.

-Tienes mucho más de la suma de todas las edades de las gentes que haz visto hasta ahora muchacho. Es difícil de explicar, pero te aseguro que haz vivido una vida muy larga. Ahora no lo recuerdas, no sabes el porque de tus reflejos, no sabrás muchas cosas incluso después de nuestro deceso, pero llegará un momento en que tu sabiduría será tan natural como el viento que acaricia nuestras mejillas en esta fría noche.

Sentí como sus palabras me brindaban un vago y necesario consuelo. Las hojas de los árboles se agitaban intranquilas, como buscando la manera de hacerse presentes en el relato.

-Partiré aclarando una pregunta no formulada: Tu nombre es Kaled, y se te conoce como el eterno. Tu edad es incierta para incluso para nosotros ahora. -

El viejo Luccio estaba sentado sobre una roca, sus pies a pesar del cansancio estaban contraídos. Me sentía un niño escuchando el relato de un cronista, el cantar de un bardo, el consuelo de una madre.

-Tus recuerdos borrosos y la falta de muchos de ellos no se debe a una pérdida de memoria, muy por el contrario. No es la primera vez que te tienen cautivo, no es la primera vez que has sido víctima de encierros y torturas; más es la segunda vez que logras despertar, y con tu despertar cosas aciagas se avecinan.

-En tiempos anteriores a mi nacimiento tus captores lograron detenerte, encerrarte y mantenerte a raya mientras tu conciencia se sumía en el silencio. Las torturas no son nuevas para tu carne, haz soportado esto muchas veces - Continuaba el viejo Luccio.

-Todos los recuerdos que tienes han sido, por así llamarlo, absorbidos de la vida de otras personas. Tienes facultades inefables, capacidades inconmensurables que han sido deseo de muchas generaciones y de los monarcas mas poderosos. Hay envidia en el mundo, hay deseo de poder, y junto con ese deseo, muchos reyes han estado dispuestos a llegar a lo último con tal de conocer tus secretos, el secreto de tus capacidades. -Yo escuchaba con completa atención, pero no pude evitar desviar mi concentración a otros lugares, a otros recuerdos. La niebla comenzaba a disiparse dando paso a la comprensión.

-Desde que la tierra se creó junto a los primeros hombres, y donde nace tu linaje, tu fuiste parte del proceso. Tus facultades fueron modeladas para mantener el equilibrio en la tierra, junto a cinco de tus hermanos. No obstante la cólera y el deseo descontrolado de tu prole provocaron catástrofes terribles, terminando en la muerte de su estirpe y en la proliferación de la raza que hoy conocemos como humanos. Queramos o no, somos imperfectos y sólo vástagos de algo que pudo ser mejor.

Mientras el viejo hablaba, yo notaba dolor en sus palabras, era una sensación indescriptible. Sentía después de todo, lástima pero a la vez lo sentía gigante pues el conocía secretos para mi ocultos.

-Podrías indicar que estas son características meramente humanas, pero el creador no hace las cosas para que fallen. Nunca lo ha hecho, eso lo sabemos, pero tu estirpe, la primera y la ultima... Esto no debería haber ocurrido nunca. Debes entender que el mundo se creó para estar en equilibrio, y vuestros actos lo han hecho tambalear.

Metre acotó algo que despertó inquietud nuevamente en mi cabeza.

-Tu tribu fue testigo de estos hechos, y con la finalidad de evitar que las fuerzas de la naturaleza se vieran comprometidas, decidieron darte muerte. Tú no lo permitiste, y comenzó la cacería.

El viejo Luccio nuevamente retomó la palabra, apacible.

-Se cuenta que diez crudos inviernos pasaron antes de que pudieran saber de tu paradero, y cuando esto sucedió, la tierra tembló. No a causa natural, si no por tu ira descontrolada.

-Cuando los primeros hombres lograron dar con tu paradero, te sometieron de manera que no pudieras liberarte del cautiverio, construyendo una celda de los materiales que tenían a su alcance.

-Lianas, arboles, tripas y cueros fueron los catalizadores de tu encierro. Luego de esto comenzó tu calvario.

-La primera noche de guardia te mantuvieron inmovilizado; más tu fuerza comenzó a mermar los esfuerzos por mantenerte tranquilo. El miedo fue tal que comenzaron a propinarte golpes de todo tipo hasta que caíste en la negrura de tu inconsciencia.

-Las historias dicen que pasaste años en estado de silencio. No existían músculos en tu cuerpo que reaccionaran al más mínimo estímulo. Pero había vida ahí. La resiliencia comenzaba a manifestarse en esa bolsa de carne, huesos y músculos.

La cara de Metre estaba dibujada por un semblante plano, pero oía atentamente todo lo que su viejo tío contaba.

-Cuando volvieron a verte los primeros hombres aún estabas fuera de tu cuerpo. Tu mente se encontraba detenida, tu cuerpo en una pausa perenne. Pero ahí estabas, no podía ser de otra forma.

El viejo continuaba enumerando los hechos con un dolor que se hacía cada vez mas evidente por el tono de su voz que parecía se quebraría en cualquier momento.

-Cuentan que la primera vez que tu cuerpo sintió la cercanía de un ser vivo, absorbiste su soplo de vida, y junto con el sus conocimientos. Sus deseos, sus miedos y sus experiencias. El primer hombre en caer fue Awal. La existencia dejó su organismo en cuanto se acercó lo suficiente al tuyo.

-Su cuerpo cayó inerte a la tierra y tu comenzabas a recobrar algo de vitalidad. Tus ojos bregaban por sentir el baño de luz en las pupilas. Y lo lograste. ¿Serendipia para Awal, o fortuna para ti?

-Para cuando la tribu logró dar con el paradero de Awal, su cuerpo ya era parte de la tierra. Gusanos y larvas estaban de fiesta bailando en la superficie reseca de su carne, sus cuencas habían sido reclamadas por los pájaros de los sotos cercanos y sus pies se encontraban roídos en las uñas donde ya no quedaban sino rastros de sangre y las las costras coloradas

de una batalla sin contrincantes.

El viejo se tomo una pausa para tragar saliva, su historia me tenía con los pensamientos por las nubes, tenía un millón de preguntas y todo era un alboroto para mis recuerdos. Pero el prosiguió.

-Vagaste interminablemente hasta que tres décadas después volviste a caer presa de nuevos captosres. Esta vez se había corrido la voz de lo imperante de mantenerte fuera de tu cuerpo. Las palizas que te brindaban nunca resultarían en muerte, pues solo buscaban mantenerte a raya. De esta manera se sucedió la primera centuria.

-El trabajo de tus captosres era sencillo. Jamas debías despertar de aquel sueño, debía ser sempiterno. El mundo no podía permitírselo.

-Muchas generaciones pasaron frente tuyo con la tarea constante de mantenerte en un letargo forzado que durara para siempre. Muy pocos conocían ya el motivo de su cometido, y menos se lo preguntaban, pero siempre existe la duda, y siempre hay alguien dispuesto a saciar su apetito de conocimiento.

El viejo posó sus manos hasta ese momento entrelazadas, emitió un suave quejido y luego las posó en sus rodillas cansadas. Aproveché el momento para notar sus nudillos una vez más. Ahora los veía bien, estaban resecos y la forma en que estaban curvados denotaban una artrosis evidente.

-No puedo ahondar en mas detalles chico, me faltarían años para repasar cada uno de ellos, y aunque no lo creas, hubo escribanos y cronistas que siguieron tu paradero a la sombra de tus enemigos por miedo a correr un destino similar, pero muy fieles a su oficio.

Cuando Luccio terminó el relato con las vagas acotaciones de Metre, el sol nuevamente nos comenzaba a saludar y yo, a pesar de estar completamente agradecido de toda la información que aun no lograba procesar, deseaba haber dormido al menos una hora antes de partir.

Capítulo 6

UN CAMINO CON BACHES

Aun no tenía claro cual iba ser mi destino, y todo lo que sabía era que debía adentrarme en cualquier camino que me llevara al sur. Me inquietaba no tener claridad de mi futuro, pero mas me inquietaba no saber el porqué mi deseo tiraba de mi decisión sin poder creer lo contrario.

En el camino que compartimos con Metre y Luccio, el chico me contaba anécdotas acerca de sus viajes y compartía con el grupo sus recetas de cocina más complicadas.

-Verás Kaled, la mayoría de las personas utilizan solo harina y agua para lograr una hogaza de pan, pero el secreto para que dure más tiempo blanda y no termines rompiéndote los dientes, es agregarle un poco de leche de vaca recién ordeñada a la mezcla. Te aseguro que jamas comerás un pan tan blando y podrás guardarlo hasta dos semanas y seguirá como el primer día.

Aquello me sonaba mas a fantasía que a una receta, pero era claro que teniendo a un cocinero entre nosotros el alimento no podría faltarnos.

En la segunda jornada de viaje Luccio no hablaba mucho, y sólo respondió algunas de mis preguntas mas complejas, considerando que mi mente quería formular mas de mil.

-Luccio, se que es difícil de explicar, y peor aun para mi entenderlo, pero ¿cómo es posible que yo pueda generar tal caos si ni siquiera se el porqué sigo vivo? Pregunté a sabiendas de que la interrogante era tan difícil de responder como para mi de formularla correctamente.

El viejo se limitó a responder con tosca seriedad

- Kaled, hay muchas cosas que aun no entiendes o recuerdas del todo. El terror de quienes te confinaron al cautiverio tiene su origen en la venganza. Tu no eres un ser humano normal. Ni siquiera eres un ser humano después de todo.

Eres portador de la semilla del mundo, eres fundador del primer pueblo, eres carne de los primeros hombres.

A diferencia de tus hermanos, tu función en el mantenimiento del equilibrio era algo más compleja.

Hace unos días te relaté de manera sencilla el motivo por el cual se originó la cacería. Ahora lo contaré un poco más en detalle pero aún quedaré en deuda con tu curiosidad.

El viejo tomó con más seguridad las riendas de su caballo y comenzó el relato. El subir y bajar de su cuerpo a causa del galope me distraía de su narración, pero de a poco fui enraizando mi concentración a la zona de su cabeza. En mi defensa puedo argumentar que me encontraba demasiado agotado para estar en todas mis capacidades.

-Cuando el creador formó la primera tribu, la creó con cinco representantes de las cinco acciones del equilibrio y un supervisor: Olkan el sabio, Malar el deseoso, Silan el terrenal, Ilvan la progenitora, Vulken el depredador y tu, Kaled el eterno.

-Cada uno tenía funciones específicas según cuentan los relatos más antiguos, pero solo tú tenías el papel más importante en estas acciones, y como tu nombre lo indicaba, tú debías velar por la eternidad que estas acciones siempre se mantuvieran funcionando; porque tú eras el guardián del equilibrio y así el creador lo ordenó.

-El primer milenio Ilvan se encargó de poblar la que en ese entonces era una verde tierra. Se crearon los primeros hombres y se les encargó por mandato de Olkan la adoración al creador de manera que siempre se recordara el amor hacia Él.

-El trabajo de Malar era algo ingrato, y se basaba en dar al mundo el deseo de vivir, de seguir, de amar, de creer, de forjar y de matar. Esto último no agradaba a sus hermanos, quienes lo veían siempre con una sombra en sus ojos, deseoso de tener lo que no se le había dado.

-Silan debía velar por que en el mundo existiera de todo, desde los árboles hasta los animales más pequeños. Todo debería crecer y existir en justa medida para que los hijos de los primeros hombres poblaran la tierra y la tierra se poblara con animales plantas, océanos prados, flores y oxígeno, el sol era trabajo del creador, y jamás se puso en duda su origen. El sol brindaba el calor que el mundo necesitaba, y llegada la noche recibía a su amada compañera la Luna, para equilibrar las temperaturas que el mismo había entregado, o al menos así se los hizo saber el creador a sus seis hijos.

-Finalmente Vulken era el encargado de crear el apetito voraz de animales y hombres. Su tarea no era fácil, puesto que debía existir un control de manera de que el más fuerte no siempre deseara a su presa, si no que la asechaba por instinto.

-Cuando los humanos comenzaron su proceso natural de expansión, Olkan comenzó a notar que estos se mostraban, en muchos casos, reacios a

obedecer las enseñanzas del creador y que incluso cuestionaban su existencia. Malar comenzó a corromper a pequeños poblados solo para ver sus deseos crecer de manera desmedida, iniciando diminutos conflictos que terminarían en sangrientas masacres. Silan abandonó sus labores de manera temprana, pues sentía envidia de los humanos y su libre albedrío; él quería ser parte de ellos y no estaba dispuesto a morir siendo sólo un observador.

-Se dice que tus hermanos no podían morir de manera natural, pero el caso es que Ilvan no pudo soportar ver a sus criaturas matarse unas a otras por odio, y tal fue su lamento que sucumbió a la angustia y su vida se extinguió de la noche a la mañana. Sus lágrimas y sus quejidos se escucharon toda la noche, toda la mañana y desde entonces el viento lo representa en las noches mas oscuras.

-Se cuenta que cuando Kaled se enteró del caos reinante entre sus hermanos y del deceso de Ilvan, acudió al creador, rogando de rodillas en el monte más alto del mundo día y noche. Hasta que nueve lunas más tarde el creador se manifestó.

-Te ordenó buscar la manera de enrielar las cosas, pues tu única misión era la de observar y evitar que este tipo de cosas sucedieran, y si el fallo estaba en sus hijos, entonces él creador había fallado.

-Se te dieron tres días para reencontrar el camino al equilibrio, pero tu no lograbas dar con la solución pues tu sabiduría no era tan grande como la de Olkan, y por tanto no tenías la respuesta, pero tu miedo a una equivocada decisión no te permitía confiar en tus hermanos, y tomaste el camino que ni el creador vislumbraba.

-Al despuntar la primera luz el tercer día, tomaste la decisión de dar cacería a tus hermanos.

-A medida que la luz de su existencia menguaba, el resto de tu estirpe sabía que algo ocurría. Actuaste en silencio, aprendiste de tus hermanos y sacaste lo mejor y lo peor de ellos.

-El primero en caer fue Olkan. Fue rápido pero no sin lastimoso dolor. Sus ojos violetas poco a poco fueron perdiendo el brillo mientras el fulgor de sus pupilas se transformaba en cenizas de conocimiento. Tus manos temblorosas fueron soltando poco a poco su cuello, dejando en evidencia que la vida, así como se les fue otorgada, se les podía arrebatar, Pero no tú, tú eras el eterno y debías velar por el correcto funcionamiento del mundo.

-Con Silan no fue difícil dar, pues como era de esperar, su paradero estaría entre mujeres y bebidas. El trabajó estaba muy avanzado y el decadente estado de su salud producto de los excesos tenían su estomago

y su espalda en una posición poco ventajosa para oponer resistencia.

Una hoja oxidada no más grande que tu palma se clavó en donde ahora residía su humano corazón. Dicen que los semidioses no tienen sentimientos, pero una lágrima corrió por uno de sus ojos que se cruzaban con los tuyos Kaled. No hubo remordimiento sólo tristeza.

Cuando escuché esta parte del relato, mi piel se erizó, mis ojos se humedecieron y comprendí lo terrible de mi actuar.

-Cuando tomaste rumbo para dar con Malar, y dada su naturaleza, el ya se preparaba para recibirte. Tomó su deseo más profundo, pero ni esto fue rival para tu cometido.

-La pelea no fue intensa pero tampoco fue fácil. Malar a diferencia de sus hermanos se había dado a la tarea de aprender de las artes de la guerra, mirando a los humanos y perfeccionando sus deseos de matar y sus diferentes presentaciones. La vida de los soldados muchas veces es tan monotonía que en consecuencia su conocimiento de las diferentes formas en que un hombre puede sufrir son dignos de mención en los relatos anatómicos más profundos.

-El enfrentamiento no duró mucho, y como tu tarea era mantener el equilibrio, te concentraste en aprender la esencia de todos tus hermanos. Una estocada lateral fue el primer paso de Malar, pero tus reflejos eran mucho más rápidos, tomaste su mano en un rápido movimiento, y con el mismo impulso con que Malar efectuó el estoque, atravesaste su cuello. Brotaba un líquido blanquecino y dorado, no era mucho, pero ahí estaba, dejando su cuerpo y dibujando una línea en su boca, carente de toda emoción.

-Finalmente llegó el turno de Vulken.

-Vulken según cuenta la historia fue el único capaz de presentar un desafío para Kaled. Su instinto lo obligaba a acechar aún cuando tu creías estar acechando. No podías sentir su presencia, y su manera animal de actuar era indescifrable. Cuando un lobo comienza su danza predatoria, entrega cierta información de sus pasos; camina en medias lunas, se aleja de manera evidente y hasta se aleja si es necesario de su grupo de cazadores. Pero con Vulken era distinto, su forma era errática pero a la vez calculada y no daba la impresión de que sus movimientos fueran enérgicos, muy por el contrario; cada extremidad oscilaba perfectamente y sin vaivenes.

-Sentías su presencia cerca, pero no el lugar exacto de su ubicación.

-De forma inesperada algo saltó de entre los matorrales y tomándote por

sorpresa, tus pulmones comenzaban a bregar por aire.

-La batalla fue dura, tu contrincante no se daría por vencido, sus conocimientos tenían su origen en los animales y sus técnicas de ataque. El tuyo sólo era un acto reflejo producto de la amenaza.

-Vulken era experto en el arte del acecho y a menudo lo perdiste de vista, solo para recibir zarpazos de los animales que tu hermano lograba controlar.

-Primero fue un puma, pero tu fuerza era mayor que su velocidad.

-Luego vino el león, pero tu astucia fue mayor que su fuerza.

-Luego vino Vulken, pero tu hoja fue más rápida que su ataque.

-Su pecho abierto borboteaba el líquido blanco y plateado propio de los de tu raza, dibujando un charco en el suelo donde quedaba su vida.

-Cruzaste su mirada sin manifestar emoción alguna, sus ojos eran de un verde intenso, y una lagrima acariciaba su mejilla derecha, dibujando una cicatriz mucho más dolorosa que cualquier corte posible. El brillo que emitía era cegador y la luna no era más que un opaco resplandor al lado de sus ojos.

-Cuando volviste al monte a dar cuentas de tu actuar, el creador no perdonó tu manera de hacer las cosas, y te sentenció a vagar por la tierra hasta que tus pies sangraran oro, no tendrías descanso pues eras el eterno.

-Tu castigo sería perder tu condición, y tener que ver morir a toda la raza de la que eras parte ahora: Los humanos. Serías la presa, serías el dolor, serías el cansancio.

Cuando el relato llegó a su fin, la mañana menguaba y el calor se hacía cada vez mas fuerte. El sol se encontraba sobre nosotros y Luccio se notaba aún más cansado, como si el relatar la historia le robara parte de su resistencia. Exhaló un profundo suspiro y movió sus hombros dibujando dos círculos acompasados, miró el cielo despejado y frunció el ceño.

Es claro que no todo es como se cuenta en las leyendas, pero algo debe haber de cierto en cada una de las historias. Era hora de continuar.

Capítulo 7

SOL

El sol seguía calentando nuestras cabezas y si no parábamos a comer y a resguardarnos del calor abrazador, terminaríamos desmayados antes de que nos pudiéramos atender unos a otros.

Recorrimos a paso lento veinte minutos a través de pastizales que daban la impresión de nunca haber sido transitados, pero lógicamente era una mala concepción al poner en escena a los bandidos cuyo único refugio eran los matorrales y los árboles del bosque de Roca Redonda.

Teníamos no sólo la urgencia de alimentarnos e hidratarnos, si no también darle de comer y beber a nuestros animales cuya tarea era la más pesada, y si no conseguimos buenas hierbas era muy probable que los animales cayesen víctimas del sol.

Cuando comenzábamos a abandonar la esperanza de encontrar una fuente de agua, Metre hizo señas con su mano para indicar que unos pocos metros más adelante se podía apreciar, en un costado de un cerro de no más de veinte metros de altura, el color de la humedad en la pared producto de la caída constante de un hilo de agua.

Así pues, con no poco esfuerzo bajamos de nuestros caballos y nos dispusimos a dejar descansar a nuestros animales y a nuestros doloridos cuerpos aunque solo fueran unos minutos para poder comer algo.

La tarea de abrevar fue más difícil de lo que había pensado, y tan sólo cerrar un perímetro para lograr construir una pequeña presa fue extenuante; no por el esfuerzo, si no porque la lentitud de la caída del agua era exasperante.

Por fin la cuenca se llenó a un nivel no despreciable y llenamos cantimploras y estómagos; no mucho pues debíamos comer aún y aunque el alimento fuera poco, no queríamos correr el riesgo de adjudicarnos una diarrea fulminante. No se malentienda. El agua parecía fluir limpiamente, pero eso era desde arriba, y arriba no podríamos saber si la fuente no estaba contaminada con algún cuerpo que obstruyera el flujo normal del agua.

La habilidad de Metre con las artes culinarias era asombrosa. No sólo por el hecho de que nos llenó la panza sólo con lo que reunió en el sitio, si no porque logro salar sin la carísima sal que no teníamos, sin considerar claro está el excelente sabor de algo que se ha cocinado sólo con una olla de

hierro.

-¿No he visto que cargaras con esa palangana ? -Pregunté a sabiendas de que Metre se molestaría con mi observación.

-No es de extrañar que no lo notaras, pero dado que soy cocinero siempre llevo atado a mi caballo mis utensilios, y déjame decirte que sobre esta olla jamás se ha posado algo que no se precie como comida. -Su tono de voz denotaba molestia y decidí dejar el tema de la olla hasta ahí.

Metre se perdió durante un tiempo no muy breve, pero al cabo de dos cuartos de hora donde ni Luccio ni yo habíamos cruzado palabras, volvió más cargado que una mula porfiada.

Dejó todo con sumo cuidado en el suelo, saco su olla y colocó unos leños de manera que pudieran arder pero a la vez sostener la olla de Metre.

Me llamó la atención el hecho de que encontrara salicornia en estos lugares, yo sabía que esas plantas eran propias de zonas salinas o costeras donde incluso el mar muchas veces las ahogaba, pero ahí estaban. Metre vio como miraba aquellas inusuales hierbas y me comentó que a pesar de requerir de un entorno salino, esas plantas crecían cerca de desembocaduras y muchos años antes, la zona donde ahora comeríamos, alguna vez estuvo cubierta de mar.

Al cabo de una hora metre nos llamó para comer, y a pesar de no tener cuencos, nos turnamos para tomar directamente de la olla. La sopa estuvo deliciosa y a pesar de que sentía recelo por los tubérculos de ñame, su sabor me dejó atónito.

Reposamos y no cruzamos palabras, en parte porque las preguntas habrían sido inquietantes, y en parte porque a estas alturas el sol nos tenía a todos irritables a pesar de haber descansado.

-Nos vamos- Indicó Luccio con un tono inflexible que no dejaba cavilación alguna.

Nos paramos, apeamos nuevamente a los caballos, rellenamos nuestras botas de agua y nos subimos nuevamente a nuestros animales.

Ya sólo quedaban cuatro jornadas de viaje para llegar a la ciudad y estaba ansioso por comenzar lo que fuera mi nueva vida. Al menos eso quería. Lo anhelaba.

Capítulo 8

LA CIUDAD

Luego de la ultima jornada de viaje, los caballos estaban exhaustos y sólo habíamos parado a descansar durante la noche, comiendo lo poco que habíamos sacado en nuestra huida de la Loma Colorada. Un poco de carne seca y un pan tan duro, que cuando me lo metí a la boca estaba seguro de haber agarrado una piedra.

Estábamos sucios a más no poder, y el cuerpo olía peor. La sensación de sudor es desagradable cuando el sol pega tan fuerte, pero sumado al polvo del camino, me sentía cocido y hediondo a niveles insospechados.

Al ver las inmensas puertas de la ciudad me llamó la atención particularmente tres cosas.

La primera era que las puertas a pesar de ser enormes, giraban con una delicadeza digna de la más fina de las damas de la corte Lotana. Su movimiento era casi imperceptible y no emitía ruido alguno, como suele pasar con los mecanismos de goznes tan habituales en las ciudades mas grandes.

Lo segundo era que toda las piedras que componían el muro, y hasta donde alcanzaba a llegar mi vista, estaban perfectamente encajadas y brillaban de una manera extraña. No parecía la típica piedra gris que se labra y se usa en construcción, por el contrario, las paredes de Loto eran como el firmamento a cualquier hora del día: Un negro intenso que brillaba entre espacios a lo largo y alto de toda su estructura. Se me antojaba como la superficie de las cuevas norteñas donde el cristal arropa todas las paredes y el brillo es intermitente cuando se pasea la vista. Yo estaba seguro que esa piedra era ónice, pero el brillo cristalino no me daba seguridad. De cualquier forma el ónice era resistente.

Lo tercero era una estructura que a pesar de los altos muros, sobresalía a lo lejos al interior de la ciudad. Hasta donde alzaba mi vista, pude percibir que era un edificio sin ventanas aparentes, carente de cualquier pieza de cristal y del cual en su punto más alto, se apreciaba una enorme esfera, que no puedo describir que era debido a que en ese momento el sol eclipsaba mi vista.

-Hey, en marcha-Me susurro Metre como guardando alguna clase de secreto que solo el y yo debíamos escuchar, pero luego me di cuenta que se debía a la forma en que nos miraban los cuatro guardias apostados;

dos en la entrada y dos en la parte interior de las puertas.

Su vestimenta era extraña e inquietante. Jamás había visto soldados cuyo rostro estuviera cubierto por una malla de género en vez de cascos. La imagen era algo perturbadora y me los imaginé en una oscura noche apresándome en algún callejón oscuro después de una borrachera.

La armadura la constituía una coraza negra mate que solo llegaba a la altura del esternón y no tenía cobertura mas abajo de los hombros. Las musleras eran de un negro más brillante que el pecho y había un espacio vacío entre la rodilla y las botas que sólo cubrían tres cuartas partes de la tibia. También eran de un negro opaco.

En el centro del pecho, como era de esperar, se distinguía el emblema de Loto: Una red atrapando las estrellas y la luna, todo de un color rojo granate.

Caminamos por una calle abarrotada de mendigos y muy ancha. Los umbrales de las casas que encerraban la calle eran pequeños como para resguardar a cualquiera de esas personas de la más fina de las lluvias, no obstante dudaba mucho que durmieran en el mismo sitio donde trabajaban.

A cada paso un hombre de barba cenicienta tiraba de mis botas, a cada metro que lograba cubrir, un crío de cara sucia y cuyo alimento parecían ser sus mocos, e miraba de manera lastimosa por un cobre. De haber tenido un cobre tampoco lo habría compartido, se de buena fuente que estos chicos son la peor mafia de las ciudades mas grandes, y sentir lástima por ellos es como sentir lástima por alguien que caída la noche puede atravesarte un pulmón por diversión.

Cuando por fin hube dejado atrás la complicada entrada, pude apreciar la primera y la más grande de las cuatro plazas de la ciudad. En ella los oficios dejaban entrever una infinidad de puestos y artes tan útiles como variadas.

Lustrabotas, herboristas, pescaderos, marisqueros y hasta embaucadores disfrazados de prestamistas. El olor de una panadería cercana hizo que mis tripas se enzarzaran en una pelea por la notoriedad.

La fauna local era inmensa y sabía que de necesitar cualquier elemento barato y de dudosa procedencia, ese era el lugar indicado.

Divisé un banco cerca de un abrevadero que se encontraba vacío y les hice señas a Metre y Luccio para que me siguieran.

Cuando los caballos estuvieron bien amarrados a los postes tomé la

palabra.

-Creo que es momento de que nos separemos. -Dije con más parsimonia de la que hubiera querido. Normalmente no me habría alejado de un buen profesional de la comida, ni mucho menos de quien conoce más que yo de mi propia persona, pero si quería seguir avanzando en mi búsqueda de una nueva vida, mejor sería correr el riesgo de la soledad que llamar la atención innecesariamente.

El sol ya no calentaba de manera tan intensa por lo que deduje que estábamos a tres horas del medio día.

Hice un barrido circunspecto con la mirada a fin de encontrar irregularidades o gentes curiosas, y como no vi ninguna de esas dos cosas, proseguí con la conversación.

-Lo mejor será limitar nuestros encuentros a no ser que sean absolutamente necesarios. Al menos las primeras semanas...